

en la probidad, en todas las virtudes cívicas, y deja á los inmortales vegetar en el Olimpo. No los discute como filósofo, ni los honra como creyente. Existen para él como si no existieran, á menos que no tenga que ejercer alguna función pública, porque en este caso forman parte del rito tradicional.

Horacio se muestra en sus *Odas* celoso pagano: la piedad mitológica es una de las condiciones del género; pero cuando piensa para sí mismo, estos dioses hacen muy triste figura viviendo, respecto de los hombres, en una pasiva indiferencia (1), y ve sin pesar cómo se derruyen los templos.

El autor del *Arte de amar*, se puso un día de penitencia á escribir los Fastos; no pudo, empero, dejar de reirse de los devotos, que con algunas gotas de agua lustral «creen borrar sus perjurios,» y para referir, como lo hace Ovidio, las *metamorfosis* de los dioses, preciso era tener un verso fácil y una piedad harto ligera. Una especie de místico, Apuleyo, confiesa que la masa de los ignorantes carece de respeto para con los dioses, reverenciéndolos con superstición, ó mostrándoles un insolente desdén. Petronio va más lejos: sabe cómo se ha hecho á los moradores del Olimpo y su narración es poco edificante. «El temor, dice, fué en el universo el origen de los dioses. Los mortales habían visto caer el rayo de lo alto de los cielos, derribar los muros con su inflamada flecha y prender fuego á las cimas de Atos; volver el sol á su cuna después de haber recorrido la tierra; envejecer y menguar la luna para reaparecer en todo su esplendor. Desde entonces las imágenes de los dioses cundieron por todas partes: el cambio de las estaciones que dividen el año todavía hubo de aumentar la superstición; el labrador, víctima de un grosero error, ofreció á Ceres las primicias de su mies y coronó á Baco de dorados racimos. Pales fué adornada por mano de los pastores; Neptuno recibió por imperio la extensión de los mares, y Diana reclamó el dominio de los bosques.»

Los dioses son pues hechura humana, y de la tierra subieron al cielo. Aquí, á lo menos, Petronio es grave en su misma impiedad; en otros lugares es bien irreverente. Cuando Eumolpo, uno de sus héroes, da á la vieja, cuya oca ha matado, dos monedas de oro, le dice: «Con esto puedes comprar ocas y dioses cuantos quieras.» Así, limitaban muchos sus esperanzas á desear para sí mismos lo que un hombre de Macedonia deseaba á los pasajeros desde el fondo de su sepulcro: «Vive y consérvate bueno.»

Una escuela considerable, la de Epicuro, negaba absolutamente la existencia de los seres divinos y «daba la paz al alma libertándola de los terrores que infundían los prodigios y los fantasmas, desvaneciendo las esperanzas quiméricas y los deseos insensatos.»

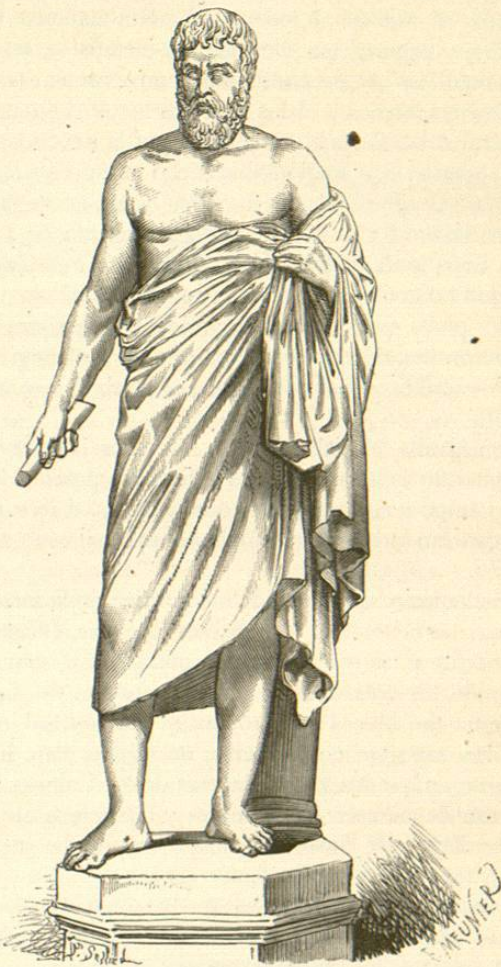
Otra escuela, la de Cenón, distinguía muy mal á Dios de la naturaleza, ó más bien, lo identificaba con el mundo, cuya alma invisible era, y los poetas Manilio en sus *Astronómicas*, y acaso el piadoso Virgilio, aceptaban esa poderosa doctrina del pantéismo, que se ha producido en todas las edades del mundo para explicar el inexplicable problema de la metafísica: la conformidad de lo finito y de lo infinito, de la naturaleza y de Dios, de la libertad humana y de la providencia divina.

Adriano sin duda se adhería también á este orden de ideas, pues edificaba templos sin imágenes y sin nombre;

(1) *Sat. I, v. 101-103*. Mucho antes que él había dicho Plauto: «Cuentan sus infortunios á la Noche, al Día, al Sol, á la Luna, que á mí entender, no se cuidan de las necesidades humanas, ni de nuestros votos ni temores» (Mercator, *Prolog.*).

señal de su desdén á la mitología oficial y de su respeto á los dios impersonal extendido por todo el universo, que sin embargo, no le reveló en la última hora el secreto del sepulcro.

En el fondo, Platón, Aristóteles y todos los filósofos habían combatido con más ó menos prudencia el politeísmo oficial. Pero sus obras eran de aquellas que van á los espíritus de arriba y no descienden á los de abajo: los *Diálogos* de Luciano corrían por todas partes. Este discípulo de Epicuro había tomado por misión perseguir sin descanso á los charlatanes, á los impostores y supersticiosos. Cuando hacía tan ruda guerra á las viejas divinidades que se iban, como á las nuevas que pretendían sustituirlas, era cierta-



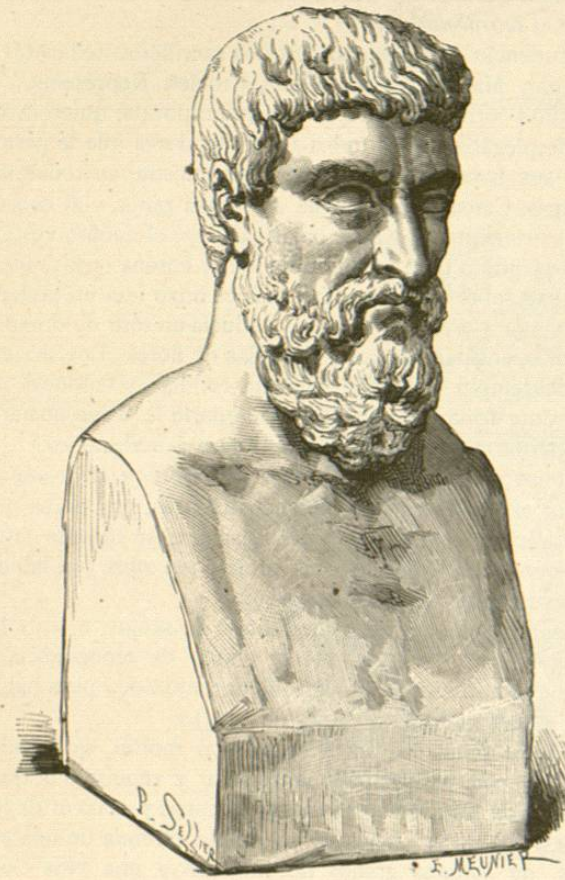
Cenón, estatua del Capitolio, sala del Gladiador

mente un eco, y sabido es que se leían con avidez sus libros. No tiene la crítica implacable y fría de Kant, que arruina los sistemas y destrona á Dios respetuosamente. Luciano es de esa familia de ingenios sutiles y audaces que destruyen riendo. Escuchad lo que hace decir á Timón dirigiéndose á Júpiter:

«Ya no te ofrecen sacrificios, ni coronan ya tus estatuas sino rara vez y por casualidad en Olimpia; y todavía el que lo hace no cree cumplir un riguroso deber, sino simplemente pagar tributo á la costumbre. Antes de poco no se vería ya en tí, con ser el mayor de los dioses, más que un Saturno, á quien se despojará de todos sus honores. Yo no sé cuántas veces los ladrones han despojado tus templos; hasta han llegado á poner la mano sobre tí mismo en Olimpia, y tú que tanto ruido haces allá arriba no te has atrevido á despertar á los perros ni á llamar á los vecinos, que acudiendo á tus gritos, hubieran sorprendido á los ladrones con las manos en la masa. Pero á fuer de bravo, tú, el

exterminador de los gigantes, tú, el vencedor de los Titanes, permaneciste sentado con mucho sosiego, dejándote trasquilarse los cabellos de oro, y esto cuando tenías un rayo de diez codos en la mano derecha.»

Rabelais, Ariosto y Cervantes mataron con la burla la Edad media expirante, y Voltaire y Beaumarchais el antiguo régimen no menos postrado. Si hubieran venido antes estos implacables burlones, habrían acabado en la picota ó en la hoguera, sin haber sido comprendidos; viniendo á tiempo, cumplieron en la sociedad la función que la naturaleza confía á los fermentos encargados por ella de acelerar la descomposición de los cuerpos. Pero la vida sale de



Epicuro (1)

la muerte: los *Diálogos* de Luciano, mortales para el paganismo, ayudaron á desembarazar el mundo para una nueva fe.

Y en efecto, no es posible que esta audaz burla de las creencias populares dejara de quebrantarlas profundamente (2). Los escultores y pintores explotaban todavía el viejo personal de las leyendas helénicas, porque aquellos personajes, con sus aventuras, sus rasgos y sus trajes, se prestaban admirablemente á las representaciones plásticas: el arte hacía vivir para la vista á la multitud olímpica. Menos afortunados los poetas, no encantaban ya á nadie con las vaciedades mitológicas.

Sin embargo, se seguía edificando templos, mas por razón arquitectónica, para embellecer una ciudad ó adornar una plaza pública; se ofrecían sacrificios y aun hecatom-

(1) Busto de mármol del Museo del Louvre

(2) Filostrato (I, 2) representa á Apolonio haciendo esfuerzos por restablecer el culto en los desiertos templos. El oráculo de Delfos permaneció mudo mucho tiempo... *Quoniam Delphi oracula cessant* (Joven. *Sat. VI, 555*), y cuando la Pitonisa, en tiempo de Trajano ó Adriano, recobró la palabra, habló ya en simple prosa y no en verso. En lugar de las tres antiguas sacerdotisas, una sola bastaba ya.

bes, como las ofreció Herodes Atico, mas por vanagloria, por negra honrilla, ó por tener un pretexto de dar un festín á todo el pueblo; se cumplían también los antiguos ritos, mas por espíritu de obediencia á la tradición. El escéptico mismo en una hora de espanto volvía momentáneamente á los sentimientos de devoto, y por razón de Estado los conservaba el político (3).

En aquellas épocas de renovación, la multitud de los tímidos y sencillos formaba una masa refractaria á las nuevas ideas. Minucio Félix presenta en su *Diálogo* un interlocutor pagano que entiende ser fiel á las costumbres nacionales por hábito, por respeto de la ley, y también porque sabiendo, como Sócrates, que no sabía nada, no quería hacer innovaciones en materias de suyo tan dudosas, ni discutir sobre asuntos que se escapan al raciocinio. Era pues un hombre prudente.

Los sencillos labriegos en sus campos y los burgueses en la ciudad, pobres diablos en todas partes, permanecían fieles á la antigua fe nacional, á sus penates, testigos reservados de la vida doméstica, á los manes protectores de los que habían muerto, á las viejas y tranquilas divinidades del país, entre las cuales, una piedad interesada ó temerosa mezclaba á los Augustos, nuevos dioses del imperio. Cuando pasaban por delante de los templos urbanos, de las capillas de las aldeas, de los santuarios dispersos á lo largo de los caminos, fuera rústica piedra que hubiera servido de altar, fuérase un árbol sagrado de cuyas ramas pendían los vellones de los corderos inmolados, se detenían para hacer sus devociones, ó si iban de prisa enviaban un beso con la mano y murmuraban una oración.

Los impacientes, que encontraban sordos á sus dioses de palo ó de piedra, se indemnizaban con los astrólogos y adivinos, raza que prospera en medio de las ruinas; y los exaltados, los enardecidos y arrastrados por la pasión de lo divino, abrazaban ritos extraños que venían de Oriente y turbaban profundamente las almas.

IV.—INVASIÓN DE LOS CULTOS ORIENTALES

Por otra parte, en medio de su prosperidad, el siglo estaba enfermo del mal de los afortunados, que exentos de los cuidados de la lucha por la existencia tienen lugar de pensar hasta en la muerte. En efecto, aquellos hombres de carácter turbulento, nacidos para la acción y que durante siglos obraron por manera tan terrible, estaban fatigados de reposo, hartos de bienestar, y no obrando ya, pensaban. Mucho tiempo absorbidos por el mundo exterior en que el genio griego y romano habían vivido en la adoración de la forma, se llamaron al interior y se sentían turbados por cuestiones de que jamás se habían preocupado las viejas razas del Lacio. ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos? ¿Para qué la existencia?

Pero la humanidad no estaba aun madura para el frío análisis de estos pavorosos problemas. No era la razón dueña de sí misma la que los proponía y deseaba resolverlos. Habiendo permanecido, á pesar de tantas perturbaciones, bajo el dominio del sentimiento religioso, el pensamiento vacilante é indeciso buscaba á tientas nuevos dioses. Se penetraba en vagas regiones, en las tinieblas visibles en busca de lo sobrenatural. Era el principio de la ruptura con

(3) Horacio se espanta de la caída de un árbol y de un trueno en un cielo sereno. Sila, el sacrilego despojador del templo de Delfos, se sacó del seno en un momento de peligro una imagen de Apolo que había pillado y le dirigió devotamente una oración, y César mismo, tan descreído y ateo, sifrió de rodillas las gradas del Capitolio para desarmar la cólera de Nemesis.

la antigua civilización: á las religiones de la luz y de las alegrías iba á suceder la religión de las catacumbas y de las lágrimas, y como transición de la una á la otra se pone la invasión de los cultos orientales.

Mucho tiempo se estuvo sin ver las trasformaciones del pensamiento religioso en la sociedad pagana y no se ponía nada entre la mitología de Homero y el símbolo de Nicea, de modo que el mundo parecía haber cambiado de faz por una revolución repentina. Importantes trabajos sobre la historia de las doctrinas religiosas y filosóficas mostraron que después de los grandes sacudimientos causados por las conquistas de Alejandro y de Roma, habían circulado nuevas ideas en el cielo del Asia, de Egipto y de Grecia, combiniándose incesantemente en proporciones diversas y acabando por formar una corriente de idealismo absolutamente contraria al que había llevado la civilización greco-latina. Era una nueva edad del mundo, cuyos precursores habían sido los filósofos: el fin de las religiones naturalistas y el comienzo de las religiones morales.

En todos tiempos había estado en la política de Roma y en el carácter de su religión dar el derecho de ciudadanía á los dioses de los vencidos, aun cuando el senado lo negara á sus adoradores. Bajo el imperio, la frecuencia y seguridad de las comunicaciones facilitó esta propaganda religiosa. El Olimpo se pobló de divinidades que Catón no había conocido; los emperadores subieron á él, de él parecieron descender los genios ú ocupar sus avenidas, y Roma, capital religiosa del mundo como era la capital política, se llamaba ya «la ciudad sacrosanta (1).»

Buscáronse estos dioses por la parte á que se inclinaba el mundo. El comercio, las artes, las letras, la filosofía, hasta la lengua que se prefería hablar, todo se inclinaba al Oriente. El espíritu religioso tomó también esta dirección y los mismos príncipes lo impelieron á ella: Marco Aurelio llenó la ciudad eterna de cultos extranjeros; y Cómodo, Helioáballo y Alejandro Severo aceleraron este movimiento. En su libro de los *Errores del paganismo*, escrito en tiempo de Constancio, Firmico Materno parece haber olvidado la antigua religión de Roma y no conocer más que á Isis, Cibele, la Virgen Celeste y Mitra. En efecto, los dioses muertos no renacían; dejaban á otros su imperio.

Pero el alma del Oriente es el misticismo ascético ó sensual; es la religión nacida del entusiasmo divino, del éxtasis de la fe, fuera de toda concepción racional. El pensamiento griego (no nos atrevemos á decir romano) el pensamiento griego se sumergió en él. En el tiempo en que á orillas del Tiber, los dioses del Capitolio conservaban aun todos sus respetos, la Grecia atacaba á los suyos; pero como se había anticipado á Roma en el escepticismo, se le anticipó también en las nuevas vías religiosas. Todos los escritores griegos del segundo siglo, salvo Luciano, son creyentes. Más inmediata al Asia, fué la primera en contagiarse con su hábito, y por los griegos de la Siria, del Asia Menor y de Egipto se propagaron á todas las provincias del imperio los cultos de Oriente.

Los antiguos dioses se reanimaron un momento; oráculos de mucho tiempo atrás cerrados se abrieron de nuevo; la Pitia delia recobró su voz, y Diocleciano consultaba piadosamente á Apolo Dídimo. Se solicitaron con empeño los honores sacerdotales; se multiplicó el número de los sacerdotes. En el album de los decuriones de *Canusium* (Canosa) para el año 237, no se encuentra un nombre de flamin; el de Tamugas, escrito un siglo después, está completamente lleno.

(1) *Civitas sacrosancta* (Apuleyo, *Metam.* XI *ad fin.*)

Pero aquellas religiones del Oriente llegaban con su cortejo habitual de encantamientos, de purificaciones expiatorias y devociones extravagantes que ni Grecia ni Roma habían conocido. Ruidosas, teatrales y dadas á las emociones trágicas, iban á trasformar la sencilla fe de las provincias occidentales (2). Tales eran los cultos de los dioses solares, Adonis y Atis, cuya muerte y resurrección, imágenes de la renovación de las estaciones, originaban fiestas, á que las poblaciones orientales llevaban todas las exageraciones del dolor y de la alegría: el ayuno, los lamentos fúnebres, la flagelación, sangre, heridas, horribles mutilaciones, ó himnos alegres, danzas orgiásticas y cantos obscenos; tales también ciertos ritos del culto de Cibele y de Mitra, sobre todo el *taurobolio*.

Prudencio describe uno de estos sacrificios dedicados á la Gran Madre, *Magna Mater*, Cibele. Representa á la multitud corriendo de lejos á la fiesta, porque quien la daba desplegaba en ella todos los esplendores que le permitían sus haberes, y los sacerdotes mostraban todas sus pompas. Cerca del templo se abría una zanja, y al son de los instrumentos sagrados bajaba al hoyo el neófito vestido de espléndido traje y ceñido de áurea corona cuyas cintas flotaban sobre su frente. Cubríase el hoyo con un tablado de celosía, y á este tablado se conducía un toro de dorados cuernos, engalanado con guirnalda de flores. Los sirvientes del templo le hacían caer de rodillas, y entonces un sacerdote armado del cuchillo victimario le abría una amplia herida, por la que corría la sangre á borbotones.

El hoyo se llenaba de cálido vapor, y el iniciado, con los brazos extendidos y la cabeza echada atrás, procuraba que no cayera á tierra ni una gota de sangre sin haberle caído antes encima. Con esto, sus orejas, sus ojos, sus labios, todo su cuerpo debía ser inundado.

Cuando salía del hoyo chorreando de sangre, ó sea «lluvia vivificante», en vez de ser objeto de repugnancia y horror, era tenido como un bienaventurado, pues había sido «regenerado para la eternidad (3).»

Y se le tenía envidia á aquel rico mortal, que podía comprar con un sacrificio asqueroso y repulsivo la tranquilidad de una conciencia acaso criminal y el favor de los dioses, que no se granjeaba ya con la ofrenda de una paloma, de algunos granos de incienso y una vida honrada (4).

Los sacerdotes de estos cultos no eran ya, como los de Roma, hombres encargados de orar en el templo por la salud de la república y volviendo á ser, fuera de los tem-

(2) Desde el reinado de Augusto había templos de Isis en Roma, fuera del pomerio (Dion, LIII, 2). Pero esta divinidad egipcia tuvo muy luego príncipes por adoradores: Otón (Suet. *Otón*, 12), Domiciano que construyó un *Iseum* y un *Serapeum* (Eutrop. VII, 23), Cómodo, etc. (Lamprid. *Com.* 9): en el siglo tercero tenía santuarios hasta en Germania (Orelli, n.º 1892).

(3) *Renatus in eternum taurobolio* (Orelli, n.º 2352). Algunos devotos renovaban todos los meses este bautismo de sangre, pero con el *criobolito* ó sacrificio de un carnero, que era menos costoso. Véase en Firmico Materno, *de Erroribus prof. relig.* 28, un curioso pasaje donde opone la remisión de los pecados por la sangre de Cristo al repugnante bautismo del *taurobolio*. *Polluit sanguis iste, non redimit.*

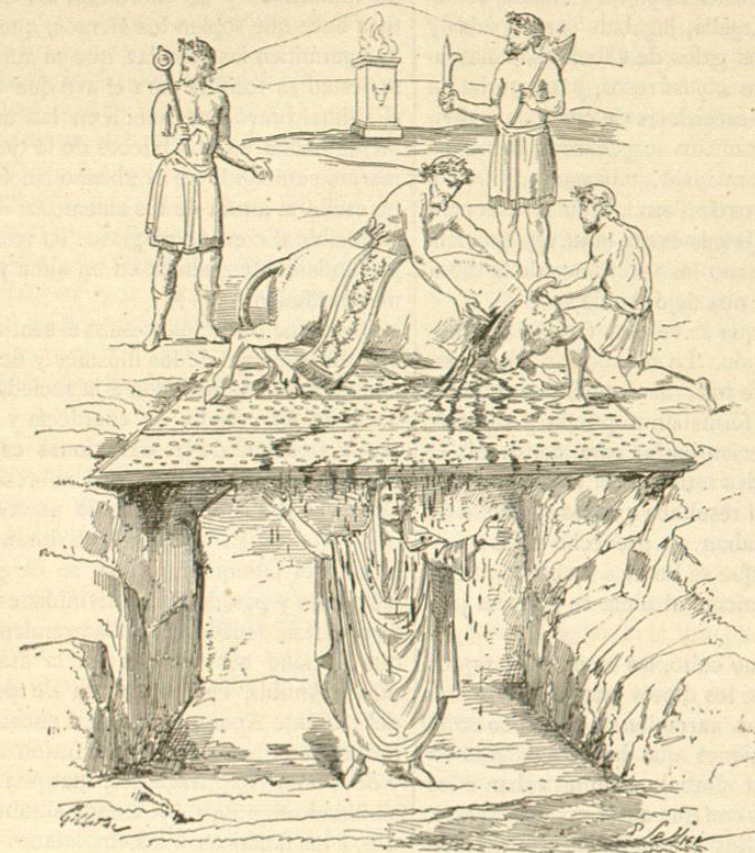
(4) El *taurobolio* y el *criobolito* son frecuentes á contar desde los Antoninos (V. Orelli, núms. 2322-2355). El *taurobolio* solía ofrecerse para obtener la salud de un príncipe. Así, en Lyon por M. Aurelio (Orelli, n.º 2322), y en Narbona, donde el flamin augustal, cumpliendo el sacrificio, en lugar de Sep. Severo, que padecía de la gota, recibió por él la sangre regeneradora (Grutter, XXIX, 12). Ofrecíase también por la conservación de la ciudad (Robert, *Comp. rendus de l'Acad. des inscr.* 1872, p. 474). La purificación por el agua era obligatoria para todas las impurezas materiales, como tocar un muerto, etc.

plos, ciudadanos y magistrados. Consagrados al servicio de los dioses, formaban un verdadero cuerpo sacerdotal que pretendía no tener más incumbencia que las cosas divinas, y llevaban un traje particular que la Iglesia imitó con la misma feliz habilidad que le ha permitido conservar, con nombres cristianos, tantas fiestas, ceremonias y trajes paganos (1).

Después del sangriento bautismo taurobólico, el oficiante venía á ser el padre espiritual del iniciado, cuya frente marcaba con un signo para consagrarlo al dios. Egipto tenía ya claustros donde se encerraban los más fervorosos

adoradores de Serapis, y los de Mitra, Isis, etc., se reunían en cofradías ó colegios religiosos donde se sometían á varios grados de iniciación. La vida monacal y aun eremítica había comenzado en las soledades inmediatas al Jordán y al Nilo: los esenios, que lo ponían todo en común y practicaban la abstinencia, no permitían que las mujeres se acercaran á sus viviendas; los *terapeutas* vivían en el desierto y en la oración, en medio de las iluminaciones del éxtasis.

«Es la guerra de Accio que vuelve á empezar, decía más tarde un filósofo, maldiciendo las religiones de Oriente con



Un taurobolio (sacrificio á Cibele) (2)

las cuales confundía el cristianismo. Los monstruos de Egipto se atreven con los dioses de Roma; pero no prevalecerán.»

El gobierno se inquietaba también en presencia de aquellos violentos cultos que turbaban las almas y atraían tanto mejor las que dejaba ahora insensibles la fría severidad de los antiguos ritos. Aquellas emociones exigidas por las matronas á las nuevas religiones, les fueron ampliamente concedidas: espectáculos espantables, pompas sagradas, palabras misteriosas, promesas infinitas, hasta rudas penitencias, todo removía aquellas almas temerosas y las atraía. Ved en Juvenal cómo acuden presurosas á las supersticiones orien-

(1) Los sacerdotes de Cibele ceñían la tiara, que ha venido á ser la mitra episcopal. Plutarco habla para los sacerdotes de Isis de *λινωστολλαι καὶ ἐφόρησις* (Isis y Osiris, 3). Esta *ἐφόρησις* era la tonsura de toda la cabeza (Artemid. *Oneirocr.* I, 23). Los asistentes eran rociados con agua del Nilo tenida por agua santa (Juven. *Sat.* VI, 25; Servio, *ad Æn.* XI, 116). Dice Apuleyo que al final de toda solemnidad del culto de Isis, uno de los sacerdotes subía á una cátedra levantada á la puerta del templo y recitaba oraciones por el emperador y el imperio. Después pronunciaba la fórmula consagrada: «Que se retire el pueblo.» *Δαοί; ἄπεισι.* Y el pueblo se retiraba besando los pies de la diosa (Metam. XI, *ad finem*). Según el P. Fleury (*Mœurs des chrétiens*) son muchas las costumbres antiguas que conservó la Iglesia.

tales y cuánta es su docilidad. «Esta, en lo más crudo del invierno, va á romper los hielos del Tiber para sumergirse en él hasta tres veces, y después se arrastra de rodillas al rededor del campo de Tarquino el Soberbio; aquella, si la blanca Io lo ordena, irá á los extremos de Egipto á sacar agua de la abrasada Meroe para rociar, junto á la cuna de Rómulo, el santuario de Isis.»

¿Ha cometido lo que el sacerdote considera una impiedad? Algunas lagrimicas y ciertas palabras que murmura bastan para que la perdone Osiris. Después de esto ya puede volver á empezar, porque la remisión de las faltas está prometida, no á lo que llamarán los cristianos la circuncisión del corazón, sino á ciertos ejercicios religiosos. La devoción tomaba todas las formas: veíanse rigores de piedad que hacen pensar en los *richis* de la India, ó en ciertos monjes de la Edad media, y danzas convulsivas como las de los derviches volteadores.

Otras matronas consultaban al judío, al caldeo, al aguro de Frigia. Mucho les costaba, pero daban de buen grado para el sacerdote, para el templo, para el ídolo, que visten

(2) Restauración sacada de la memoria de M. de Boze, sobre la inscripción grabada en el altar taurobólico encontrado en Fourviers en diciembre de 1704 (*Mem. de la Acad. de inscrip.* t. II, p. 473).

suntuosamente á reserva de tratarlo, si no oye sus votos, como el *azarón* napolitano trata á los santos que no le son propicios, abrumándolos de injurias y aun de golpes.

Hacia ya mucho tiempo que un personaje de Menandro se había quejado en el teatro de Atenas de que los dioses arruinaban á los maridos. «A nuestras mujeres, decía otro, les son necesarios cinco sacrificios al día.» Para la iniciación en estos misterios, Mitra (1), el mediador entre el Dios supremo y los hombres, exigía un ayuno de cincuenta días, más largo que el ramadán islámico, diez y ocho días consagrados á pruebas ó penitencias diversas, y dos más á las flagelaciones. Los sacerdotes del Enyo de Comana, semejantes á los *aissauas* de la Argelia, jugaban con espadas y se hacían crueles heridas; los galos de Cibeles se emascuaban, como lo hacen hoy los *scopsi* rusos, y una turba de vagabundos que se decían sacerdotes de cualquiera divinidad, pero no sino ejercían oficios sospechosos, mendigaban, á la vez que vendían oraciones, talismanes, filtros y además, como los compañeros de Tetzl, indulgencias para la remisión de los pecados. Jamás excitó tanta repugnancia una cuadrilla de gitanos, como los sacerdotes de la diosa siria cuya asquerosa pintura nos dejó Apuleyo.

Había pues entonces, lo que se ve con frecuencia, mucha religiosidad y poca religión. La obediencia á las prescripciones de un ritual, sobre todo el cumplimiento de las ceremonias expiatorias, que formaban el principal carácter de los cultos orientales, parecían bastar para constreñir la voluntad de los dioses, darles satisfacción y calmar todos los remordimientos. De aquí resultaba que los ejercicios de piedad no siempre redundaban en provecho de las costumbres, porque la religión que se limita á las observancias exteriores en vez de ir rectamente al alma se concilia perfectamente con el desorden.

En las leyendas del antiguo culto, las escenas de raptos ó sorpresas que la historia de los dioses griegos refiere con tanta complacencia, aquellas narraciones tan poco edificantes, aquellas representaciones que habrían exigido un velo más tupido que el del símbolo, suministraban á los impúdicos ejemplos sagrados con que autorizar sus excesos.

Por otra parte ciertos cultos orientales hacían del desencadenamiento de las pasiones una obra pía; de modo que al lado del ascetismo y de las maceraciones se veían las más vergonzosas sensualidades.

Con todo eso, un alma verdaderamente religiosa encontraba un medio de perfeccionamiento moral en la preocupación de las cosas divinas; y las extravagancias no la desviaban de ellas, como en la Edad media tampoco desviaban á los fieles de las altas enseñanzas de la cátedra católica nuestros romances picarescos, la fiesta de los locos, la del asno y algunas extrañas esculturas de nuestras iglesias.

Los delicados se apartaban de los ritos obscenos ó groseros de Dionisio y de Afrodita, de Sabacios y de la diosa siria, para hacerse iniciar en los misterios en que un lento trabajo del espíritu religioso había depurado la idea de la divinidad separándola de los antiguos conceptos naturalistas. Los sacerdotes no revelaban nada que no se supiera, pero habíase reservado la preparación de la escena, por cuyo medio impresionaban profundamente el ánimo. Ved cómo Apuleyo se pone serio después de su iniciación en los misterios de Isis: «Prosternado ante la diosa, con el rostro á sus divinos pies, se los bañé con mis lágrimas, y más de una vez, con voz sofocada por los sollozos, le dirigí esta plegaria:

(1) *Mithra* significa en zend, sol y amor. Recuerda al Eros ó Amor creador *δημιουργός* de la teogonía de Hesiodo y Parménides.

«Santa divinidad, fuente eterna de salud, adorable protectora de los mortales, á quienes prodigas en sus tribulaciones el dulce amor de las madres, ni un día, ni una noche, ni un momento pasa que no señales tú con alguno de tus beneficios. En la tierra, en el mar, siempre estás allí tú para tendernos una mano piadosa, para desenredar la intricable trama de los destinos y conjurar la maligna influencia de las constelaciones. Eres venerada en el cielo, respetada en los infiernos, y por tí gira el globo, alumbrada el sol, se rige el universo y se contiene el infierno. A tu voz se mueven las esferas, se suceden los siglos, se alegran los inmortales y se coordinan los elementos. Una señal tuya hace que soplen los vientos, que se llenen las nubes, que germinen las semillas, que se abran los gérmenes. Tu majestad es terrible para el ave que hiende los aires, para el animal bravo que habita en las montañas, para la serpiente oculta en los huecos de la tierra, para el monstruo marino sumergido en el abismo sin fondo. Pero mi genio no está á la altura de tus alabanzas: haré á lo menos lo que es posible al corazón religioso. Tu imagen sagrada quedará profundamente grabada en mi alma y presente siempre en mi pensamiento (2)»

Se ve qué dirección tomaba el sentimiento religioso. Bajo el doble esfuerzo de los filósofos y de los sacerdotes de los nuevos cultos impeliendo á la sociedad por vías diferentes hacia un fin común, se enardecía y manifestaba en unos por la violencia de las devociones carnales y en los otros por una piedad extática. Lo sobrenatural de las nuevas creencias venía á sustituir lo maravilloso de las antiguas que perecían. El aire puro que durante tanto tiempo había bañado el Olimpo helénico, se cargaba de nieblas, y el cielo bajo y pesado de las divinidades latinas se hacía confuso y desordenado. El abigarramiento ó mezcla ridícula que Luciano nos muestra en la asamblea de los dioses, donde Anubis, con su cabeza de perro, se sienta al lado del radiante Apolo, se vuelve á encontrar en las creencias, formando la más extraña confusión de doctrinas, de ritos y devociones extravagantes; anarquía en cuyo seno, la sensibilidad religiosa sobreexcitada suministraba á los iluminados, á los fanáticos, á los charlatanes los medios de ejercer su celo ó su industria.

Apuleyo tuvo acierto en escribir entonces el gracioso y triste mito de Psiquis. Como la amada de Eros, la sociedad pagana, poseída de impaciente curiosidad, quiso también desvanecer las sombras que le ocultaban á su divino esposo. Una aspiración ardiente arrebató muchas almas hacia lo desconocido, y preguntan por la vía á los que pretenden conducir á ella. Todo el mundo, paganos, cristianos y judíos, creía en los magos, comenzando por el gobierno, que tenía mucho miedo de ellos. Contra los magos la ley era atroz, pues condenaba á la hoguera á los que practicaban la magia, y á las fieras á los que la estudiaban. Su prestigio, empero, era mayor, á pesar de ello, por ello mismo acaso, y sus misterios, trampantojos y amaños aumentaban la confusión de los espíritus. Así pues los prodigios no eran menos numerosos que en los mejores días de la credulidad romana. Los más escépticos arrastraban tras sí la superstición como una parte de su propio ser. Plinio el Viejo, que no creía en Dios, pero sí en la virtud, aceptaba los

(2) *Metam.* XI *ad finem*. Plutarco, al principio de su tratado sobre *Isis y Osiris*, hace de la diosa la sabiduría divina, que comunica sus dones á los que por su alejamiento de las pasiones, su asiduidad en los ejercicios piadosos y grandes abstinencias aspiran al conocimiento del Ser supremo. Se hacía remontar á Orfeo (Pausanias IX, 30) la institución de los misterios que exigen purificaciones con cuya ayuda se creía borrar la mancha del pecado y llegar á la santificación.

presagios y milagros y los refiere con imperturbable gravedad.

Se continuaban, pues, examinando las entrañas de las víctimas; buscábanse en los sueños las revelaciones del porvenir (1), y los caldeos construían «temas de natividad,» que solían ser sentencias de muerte, cuando prometían alta fortuna á contemporáneos de Tiberio, de Domiciano y Caracalla. Las predicciones astrológicas y los versos sibilinos suponían que el destino lo había decretado todo de antemano; el oráculo, al contrario, daba á entender que los dioses intervenían libremente en las cosas de este mundo. El mismo hombre recurría, sin embargo, un día á los caldeos, otro al oráculo de *Abonoticos*, cuya escandalosa historia ha conservado Luciano.

Las inmutables leyes de la naturaleza seguían su curso, y con eso y todo, muchos creían ver prodigios. Como los más apetecibles eran los que daban la salud, los interesados multiplicaban y embellecían los que sobre esto corrían. Y en efecto, algunos parecían eficaces. En los templos de Esculapio, las ceremonias preparatorias, los ayunos continuados, las purificaciones, los sacrificios, remedios extraños y en ciertos casos acertados, la noche pasada en medio de serpientes sagradas, en presencia del dios, que no dejaba de aparecerse en los sueños del enfermo ó de hablarle entre sueño y vigilia, todo esto producía en la imaginación un efecto saludable.

Entonces, mediante la fe, la excitación nerviosa y algún medicamento misterioso, sobrevenían fenómenos que la ciencia de aquel tiempo no podía explicar y que por consiguiente era preciso atribuir á la acción divina. «Ciertos Eufronios, dice Eliano (2), se había dejado enredar en las ineptias de Epicuro y con esto hubo de caer en dos grandes males, la impiedad y la protervia. Atacado una vez de una enfermedad que los médicos no podían curar, fué llevado por sus deudos al templo de Esculapio, y por la noche, durante el sueño, oyó una voz que decía: — Para este hombre no hay más que un medio de salud y es quemar libros de Epicuro, incorporar en cera esta ceniza sacrilega y cubrirle con ella el vientre y el pecho.» Y ejecutó la orden del dios y quedó muy luego curado y convertido. Eliano refiere imperturbablemente muchas otras curaciones prodigiosas.

El agua de la fuente de Esculapio en Pérgamo era soberrana para muchas enfermedades, y multitud de ex votos colgados en los *asclepiaciones*, manos, brazos, piernas de barro, como se ven de cera en nuestras iglesias, monedas de oro y plata arrojadas á las fuentes consagradas, atestiguan los milagros (3). Muchas inscripciones nos conser-

(1) Galeno se decidió á estudiar medicina, á consecuencia de un sueño de su padre (*Meth. med.* IX, 49), y otro sueño le impidió seguir á Marco Aurelio en su expedición al Nubio, á menos que no lo hubiera imaginado para tener el pretexto de quedarse en Roma. Por lo demás, creía á pie juntillas en los sueños, como todo el mundo en aquel tiempo, y ni siquiera dudaba del poder de los encantadores. Artemidoro de Efeso, en tiempo de los últimos Antoninos, escribió en cinco libros un *Ὀνειροκριτικὸν ὄ* Interpretación de los sueños. Creía que los sueños revelaban los acontecimientos futuros. Y Platón, Cicerón, Marco Aurelio y otros pensaban lo mismo; y toda la Edad media creyó como ellos que en el sueño podía entrar el hombre en relación con los espíritus de los muertos. Es también la creencia de los Pieleros-Rojas.

(2) Eliano, *frag.* 89. Este romano de Preneste que escribió en griego y tan bien que se le llamaba *μελέλωτος*, había compuesto, además de sus *Historias varias* y su tratado de la *Naturaleza de los animales*, un libro sobre la *Providencia* y otro sobre las *Manifestaciones de la divinidad*, de que sólo quedan fragmentos.

(3) C. I. L. III, n.º 987; C. I. G. n.º 5980. Véase el *Boletín de la Correspondencia helénica*, el inventario del *Asclepión* de Atenas,

van también el recuerdo agradecido de los que por favor del dios habían recobrado la salud ó la vista.

Con esto, la benéfica divinidad tenía templos en todas partes, hasta en París, en el mismo lugar en que se construyó luego la catedral cristiana, y parece haber tomado en la adoración de los hombres el puesto de Júpiter.

Serapis en Alejandría era otro dios curandero. Todas las divinidades, y aun los héroes que no habían sido admitidos en los supremos honores del cielo, poseían este privilegio ó más bien lo habían recibido de sus confiados adoradores.

En cambio, vengábanse los dioses enviando á los sacrilegos la ruina, la enfermedad ó la muerte. Isis dejaba ciegos á los que en su nombre juraban en falso, y Ovidio vió en Tomes algunos desgraciados que andaban errantes por la ciudad confesando su delito y la justa cólera de la diosa.

Los sacerdotes, que mantenían cuidadosa y hábilmente todas estas credulidades y supersticiones, solían atribuirse también el don de los milagros. Algunos de ellos pretendían tener gracia para expulsar los demonios y libertar á los poseídos; otros con encantos secretos curaban las enfermedades, y hasta se decía que los sacerdotes de Serapis resucitaban los muertos. Algunas escenas bien manejadas y á veces bien sacadas, trasformaban en prodigios los efectos más naturales: un cataléptico al volver en su acuerdo, era un muerto que se volvía á la vida. Entonces todo venía á ser posible para la credulidad del sacerdote y del devoto. Los sabios habían creído librar al mundo de los terrores de lo sobrenatural, atraerlo á la fría razón, á la investigación de las mejores condiciones de la vida presente, y el mundo se les escapaba y se iba «á la locura de lo divino.»

El siglo XVIII vió un estado de los espíritus en ciertos respectos semejante: la antigua fe sucumbiente, y á vista de los filósofos triunfantes, las curaciones milagrosas del diácono Paris, las visiones de los iluminados y la cuba magnética de Mesmer. En el nuestro, enfrente de la ciencia que atestigua la permanencia de las leyes generales, el sonambulismo, las mesas giratorias, los espiritistas, los espíritus golpadores y el agua maravillosa de la Saleta han encontrado innumerables adeptos. Ponderábanle á Voltaire una obra titulada *De los errores y de la verdad*. «Si es buena, contestó el filósofo, debe tener 50 tomos en folio sobre la primera parte y media página sobre la segunda.» Nosotros hemos prolongado la media página, pero ¡con qué lentitud!

V.—ESFUERZOS DE LOS FILÓSOFOS PARA DAR SATISFACCIÓN AL SENTIMIENTO RELIGIOSO

No había llegado aún el tiempo en que el hombre debía reconocer que el doble misterio de la esencia divina y de la creación es tan superior á su comprensión como lo es á sus fuerzas volar por encima de las nubes ó nadar en el fondo del Océano. Los filósofos, sin embargo, no renunciaban á hacer salir al mundo de la anarquía intelectual en que forcejeaba dolorosamente y esperaban conseguirlo: los

por Girard y Martha. Cerca de Santa María de Capua se han encontrado, al mismo tiempo que las ruinas de un templo de diosa benhechora, más de 30.000 ex-votos de barro cocido. Era sin duda una fábrica instalada á las puertas del templo, donde los devotos se proveían á bajo precio de brazos, piernas, cabezas, etc. (*Comptes rendus de l'Académie des inscriptions*, etc. 1879, p. 304). Eliano (*Sobre la naturaleza de los animales*, 49) llama á Esculapio *νόστων ἀντίπαλος*; en otro lugar lo invoca así: *Ὁ βασιλεὺς καὶ θεῶν φιλοφρονεῖσθε Ἀσκληπιέ*. El mismo título se lee en una inscripción de Tasos (Miller, *Miscel. de filos.* 1, 36) Cf. Aristides, *Orat. sacre* I y II, y *Orat. in Æscul.*